

Introducción

Han pasado varios días y no he conseguido arrancar nada que me llene, por eso vuelvo por mis fueros. Uno es lo que es. Se busca sentir alivio, mejorar, desconectar, vivir o como se quiera llamar; el caso es que ha habido ratos en los que pretendía escuchar los tacones de alguien, y no acertaba a seguir sus pasos. Por más que me trabajaba la vida de un personaje llamado Elsa, el cual me satisfacía, había algo en mí que no se convencía del todo, y por tanto, he obviado la necesidad de desdoblarme en el mismo. Continúo con la primera persona porque no hay otra, sino muchas más, en ese negocio opaco del transcurrir de los días. No me canso de ver comportamientos, extrañas parejas, verdades, fidelidades y excelencias; tampoco de lo otro, esos seres a los que habría que retorcerles los sesos, tirándoles del hastial o aprisionándolo a base de darle vueltas a la tuerca, como cuando se hacía -y seguro que aún se practica en algún lugar- para poder manejarse, por ejemplo, con el ganado vacuno, cuando la hembra tiene muy irritadas las ubres y no se deja ordeñar, procurándole una docilidad a base de suministrarle un importunado dolor. Ese imborrable sufrimiento persuadiría a un animal de campo, no obstante, con las personas, por más que lo precisen, en muchas sería un esfuerzo baldío. Somos de pedir el derecho al olvido y luego no ejercerlo, por no hablar de la repugnancia que nos producen las confianzas: hablas con alguien, te sinceras, y puede que tengas otro enemigo, o cuando menos, uno de tantos de los que te miran por encima del hombro y se muerden la lengua antes de pronunciarse, por si la réplica les es ofensiva, en una naturalidad pasmosa.

Me hubiese encantado no poder dejar de pensar en ese último beso de la despedida, y desear fervientemente a esa caucásica, sin embargo, estamos en una época de abandonos, de aislamientos enloquecidos, de sobreprotecciones, y de sentirse derrotado antes de emprender la lucha. No tengo a nadie, ahora bien, creo tener mi plan de escape, demencial y diplomático a la par. Siendo leal a la motivación que surge de la emociones, superaré las limitaciones formales que nos ofrece la cotidianidad, para desarrollarme y conmovirme de manera especial. Bien es sabido que no hay castigo sin recompensa, y que uno es mucho más que su causa. Así pues, nos enclavamos en la vulnerabilidad de lo que todos podríamos llegar a vivir, plácidamente o no, aniquilando los aires difíciles en la concordancia con lo inteligentemente simple. Por supuesto, corriendo riesgos, dado que hay momentos en los que debemos expresar una confianza ciega en alguien, y ser su mordida; infiriendo en lo rastrero de regirse por pensar que se ha de hacer lo que sea preciso con tal de no llegar a vararte nuevamente en la certeza de tus propios errores, y esos recuerdos que un mañana se te podrían presentar sin más, con una intensidad y violencia febril, adornado de su correspondiente exceso de pasión y carnalidad perdida. Por tanto, emprendemos las bondades o desgracias humanas como lo que son, un negocio en alza, y como tal, aplicamos la máxima del comerciante honrado: hay que vender lo que le estás cobrando a la gente, ni más ni menos.

He llegado a tener tan apartado de mí ciertos instintos, que me he cruzado con mujeres bellísimas, de cuerpos esculturales, y no ha habido más que tímidos saludos, sin excepcionales intercambios de palabras, y sin llegar a

pensar ni en escarceos, intimidades, ni mucho menos en fornicaciones. Todo se ha venido reduciendo a algún que otro chascarrillo para no ser tildado de raro, ni ser descortés. Entiendo que no se debe a un problema conductual, sino a que simplemente no estaba por esa labor. Siempre atento a lo que no tengo, a las desigualdades, y a la paupérrima gestión de mi infancia y las oportunidades que de mayor van surgiendo, de un tiempo a esta parte, he ido calcinando lo evocador de un encuentro fortuito, como en una mañana como la de hoy, de esas en las que se madruga a las puertas del verano, y poco más. En la que al doblar una esquina muy cerca de mi centro de trabajo, me he topado con una enigmática dinamizadora de nuestros papeles. De muslos portentosos, melena muy cuidada, y ropa elegante a la vez que entallada y adecuada a la formalidad de su puesto, ella misma me ha arrancado unas palabras de las que ahora me avergüenzo, bien pasada la una de la madrugada. Entrecomillado, hice pedagogía y participé en ese saludo de buenos días. Pero el sentido decía mucho: yo iba y ella venía, si bien, la dirección nos unía. Vestida de mujercita no deslucen sus piernas, sino todo lo contrario, porque la otra tarde me encontré con ella, y sin saber quién éramos, sus piernas captaron mi atención, estaban descoloridas, como si el sol las hubiera derretido en parte. Y ese contraste con el ocre de su pelo recogido en una coleta y la mini faldita deportiva, la alejaron de pensamientos vejatorios y de impactos inigualables. Es más, al oírla hablar, sentí que se había estado tragando algo pecaminoso durante toda la noche, y aún lo tuviera atravesado en sus fauces. En un sentido figurado, bien temprano me trasmitía lo mismo, no obstante, su educado interés en saber cuándo volveríamos a vernos, así como el saber que viene de fuera, me ayuda a escapar del caos... Es muy sencillo;

para salir de uno, no hay más que ver a los demás. Ella, puede ser alguien con marido e hijos, o bien, una mujer de cuarenta y tantos, que se cuida todo lo que puede, y que no se halla del todo; quizás por eso, se haya trasladado recientemente a esta ciudad. Sin embargo, el mero hecho de su edad y ese puesto, indica que el lugar no le es desconocido. Y la otra tarde la divisé hablando por el teléfono móvil en una acera, ganándole tiempo a la espera que ambos hacíamos. Puede que esté sola, como yo, o que el encuentro de la jornada de hoy se haya debido únicamente a esa cortesía que todos guardamos para quienes no nos molestan, pero su extrañeza me agrada, y a lo mejor, la próxima vez quiera saber más. Para eso, lo primero que debo hacer es quitarme la máscara y aceptar cualquier oferta que me trasmita algo nuevo y sugerente. Si fuera hija de un ganadero y agricultor a tiempo parcial me encantaría, y si tan sólo dispusiera de cinco mil setecientos euros y su sonrisa también. En una de esas semejanzas, corazonadas o idioteces, le soltaría que me acompañase a recorrer Latinoamérica, África o el madrileño barrio de Lavapiés. No creo que lo primero que hagamos sea hablar de temas trascendentales, mucho menos de algo que sucede en Chile, donde la tercera causa de mortalidad son los abortos; simplemente nos dejaríamos llevar, pero no perderíamos mucho tiempo con lindeces, por lo menos yo. No soy de jugar al despiste, si me llena la contentaría, y si me aburriese educadamente la despacharía. De lo poco que se de ella, es que en eso coincidiríamos. Independientemente de su estado personal y laboral, porque las situaciones civiles poco importan si la gente es madura, tiene algo que la distingue. Sucede lo mismo que con otra gatita que me crucé al emprender el camino de vuelta a casa, bien pasado el mediodía. Me mira como si quisiera algo de mí, pero no

se atreve a pedírmelo; y al ser yo perro viejo, y formar ella parte de una de esas situaciones inconclusas, la obvio. Quiero a gente segura a mí alrededor, y saber de tus necesidades ayuda mucho. Es curioso, como dos mujeres guapas, con sendos cuerpazos, muy bien vestidas, y una situación laboral segura, te muestran rasgos muy diversos, en el mismo contexto y a lo largo de los días. Posiblemente las dos se estén vendiendo, y a todos nos falte y nos sobre mucho, pero en ese juego de inseguridades, me inclino más por la que aparentemente parece más madura, quizás porque busque alguien de quien no tenga mayores referencias que una charla de cuatro frases contemporáneas, y fundamentalmente esa impronta de haber dado el primer paso al saludarme ella a mí. Además, como el roce hace daño, de haberlo, una más experimentada sabría recomponerse en menor tiempo y sin tantas cicatrices. La otra, no deja de ser un proyecto sin guión. Y en eso no deseo perecer. Precisamente, ése es el motivo para no demorarme más en planes que no concreto. Llevo días durmiendo por las tardes y desvelado por las noches, no hace tanto que he vaciado el fregadero y he llenado la encimera con enseres escurriéndose; no ceso de escuchar el tránsito del camión de la basura, día sí, día no; y las molestias interiores me generan una indecisión que no sé si acudir al médico o dejarlo pasar, como de costumbre. Por momentos creo que tengo algún atasco vital o similar, y que eso es el motivo de mi cansancio generalizado, los pinchazos a los que no les encuentro sentido, y todas esas articulaciones malheridas que se mimetizan con la dolorida musculatura que me envuelve; amén de la pesadez y la falta de paz interior. No sé si mis días empiezan cuando acaban los del resto, o que yo amanezco más temprano, el caso es que voy a paso cambiado. Ni las aguas calientes y los chorros a

presión pueden con esa pesadumbre, creo que esto sólo lo arregla la vida, con una chaladura mayor o un cúmulo de errores indescriptibles. Entre tanto, sigo cuidando de los míos como puedo, atendiendo esas cosas comunes, sin que se me note mucho mi desconcierto. Esta semana ha sido especialmente dura, tan sólo he tenido trabajo en mi mente, y eso no es bueno. Había un proyecto con el que me comprometí, y a falta de unos flecos, está casi terminado. Lo peor no es que no se le saque el rendimiento que se debería, sino que mis propios jefes lo ningunean adulándolo en vez de reunir a un grupo de interesados y permitirnos explicarlo al detalle, para su comprensión y puesta en funcionamiento... Eso es vivir, ya sea dentro o fuera del trabajo, es decir, desarrollarte, no quedarte en la palabra. Seguro que esa mujer de muslos prietos comparte esta reflexión, de otro modo no se hubiera girado a mi paso. Y encima hoy, que iba mal afeitado y vestido sin encanto. Pero es que los encuentros son así, inesperados. Procuraré mejorar mi aspecto en las mañanas, con este resquemor pasé a rasurarme la cara por la noche, y encima sin precisión, y lo venía notando desde hace semanas, pero no encontraba motivo para dar el salto. Físicamente ella lo merecería, intelectualmente no lo sé, si bien, ahora únicamente la querría para el campo, como quien dice. No busco que se saque una carrera universitaria en cuatro días, sino que me ayude a disfrutar; con sus diabluras y las mías, con sus atenciones y las mías, y con nuestras necesidades. Porque si no tiene ninguna necesidad de mí, ¿para qué se fija?... Llevo años investigando sobre el tema, y he deducido que del altruismo no se vive, todos queremos algo... y algo está pasando en éstas sociedades. No es normal que seamos tan inconformistas. Llevo días sin escuchar música, sin ver nada en la televisión, sin apenas leer, haciendo

deporte rastreadamente, sin comunicarme con mis amigos, y sin ganas de hacerlo. Me siento falto de casi todo, salvo de mi independencia. Por no haber, no hay ni mosquitos ni brisa en esta noche. Parar y arrancar, eso hago... El silencio es connivente, enmascara lo tardío de mi despertar, y lo succulento de estar dispuesto a casi todo por tener una nueva vida interior. Lo más cercano e ingrato, es que tengo un cerro de plancha esperándome, una casa que limpiar, unos sobrinos a los que ver, una cocinilla campera donde ayudar, y tantísimos sueños que hilar, que no sabría por dónde empezar. La familia está ahí, pero ellos tienen sus días engarzados. Unos se comprarán un coche nuevo en breve, de gama alta; otros, se inventarán cualquier evento; y yo, anteayer le pasé la revisión principal al mío sin miramientos de un gran viaje que debía estar planificando, y en vez de ello, ceno a las tantas como si estuviera comiendo y miro a ambos lados sin hallar nada que me atrape. Me pasa lo mismo que a mi padre, que tiene la tensión tan baja, que no es capaz de hacer nada. En su caso es por prescripción médica, y en el mío, por hartura... Nunca me he ido de putas, ni he amanecido a cientos de kilómetros de mi hogar sin motivo aparente, ni me he liado a golpes con alguien, ni he faltado al trabajo injustificadamente. Debería abdicar de los buenos comportamientos y probar cosas nuevas. Haga lo que haga, antes o después, estaré en boca de todos. Tengo tanta pasividad para según qué cosas, que lo del relevo del Rey Juan Carlos a su hijo, el futuro rey Felipe VI, me la trae al fresco. Tengo tal ofuscación por no ser feliz, que el mero hecho de que no me pregunten si comparto seguir manteniendo a la realeza, en mi país de residencia (España), se convierte en un tema más que secundario. Hubiera estado bien saber qué opinan los ciudadanos y no dar por hecho que la transición continúa, pasadas

varias décadas, pero como nos tratan como a borregos, y tampoco les somos infieles, ellos siguen y siguen protegiéndose. Si la gente hiciera lo que yo, pasando de votar, algún día nos tendrían en cuenta. Les da miedo pulsar la opinión de quienes pagamos, saben que en el fondo queremos mejorar, pero es más fácil dejar que la inercia trabaje por ellos; eso mismo debería hacer yo: golpear sin ser visto y aprovecharme en cortito, disfrutando. Lo que me consolaría sería ese trato cercano, real, íntimo y personal, donde todo lo demás sobre, y simplemente nos busquemos sin pretender salvarnos. Son instantes que echo en falta, hasta el punto que no consigo posicionarme... Tiempo atrás creé un territorio propio, muy singular, diferente, alejado hasta de las tinieblas, y donde quería algo más. Realmente lo tuve, y eso que no lo ejecuté del todo, la cosa se quedó en los prolegómenos, pero conseguí cierta paz. Por circunstancias desistí de ello, como de todo lo demás, y quise volver a empezar. Pero la noticia es que nunca estaré salvado, por más que cambie el rumbo. Y lo veo cada mañana, cada noche al doblar las sábanas y adentrarme en ellas, enfrentándome a mí mismo, y en las tardes tan largas donde no hallo alegría. Pendiente de todo pero impasible, salvo por cuestiones de emergencia civil, modestamente acudo a ganarme el jornal, escondiendo mis sueños, y no hallo ese sentimiento de complicidad y desahogo que todo esfuerzo te ha de proporcionar. Limitándome a ser un buen profesional, tan sólo pago los gastos del mes, pero no me siento fenomenal. No hay magia, ni sonrisas, y al final, acabo reafirmandome en aquello de ver para creer. Porque no soy el único, en todos los personajes veo lágrimas, sudores y muchos timos. Son desajustes que se llevan en la mano, de los que se voltean para no ser descubierto, encubriendo la decepción... Yo, que he sido un aprendiz en la distancia, ahora

no se me suele escapar nada. Por el momento reacciono discretamente, sin levantar la liebre, por más insultantes que me produzcan esos comportamientos. No obstante, hay que sacar lo que uno es, y eso haré, mientras encuentro a alguien que me surque las palmas con mesura y candor, aunque a la postre acabemos siendo rivales, como queramos más del otro.

Abría la ventana, y esa voz la reconocí de inmediato. Esperpéntica, de risa floja, impersonal, y de las que se emocionan bajando las escaleras perdiéndole la cara a sus obligaciones. Es una María, una de tantas. Una persona que se contenta con mantenerse, y de la que llevar un pan bajo el brazo ya le supone una responsabilidad. Posiblemente sea de lo más especial, porque me mira a los ojos y sueña; yo lo noto cuando cruzo de lunes a viernes y la saludo. Soy su fantasía, eso que jamás alcanzará, pero ella me compraría por acciones si pudiera. Sabe que me busca y sabe que no me tiene, ni me tendrá. Pero se emociona viendo mis ropas, los calzados, y de vez en cuando entra al despacho y saluda a todos. Es una secuencia que ejecuta como es debido, sin ponerse de mi lado, pero apoyándome. Le encanta... Y yo la dejo. Pasadas tres o cuatro horas, sus limitaciones salen más a flote, y es cuando me pregunto, ¿cómo narices obtuvo el puesto? Pero no es única, hay otros y otras mucho peores, ella va de frente, y eso que no puede dar lo mismo que la mayoría, en mi opinión, le falta un hervor. Ahora bien, es de las que sabe cuidar a otros, y eso es lo que la adentraba por mi ventana. La misma, comentaba con una vecina, que ella o su madre se había caído el día anterior, y por ello se puenteaba entre la panadería, la farmacia, y el paseillo al perro, agolpándose con sus sinsabores, esperando una pronta mejoría. Si sus

penurias y esos males que trasmite me dieran pena, la perjudicaría, porque estas personas no necesitan que le plantee más dudas, sino batalla y dominación. Lo otro la ablandaría más y la pondría nerviosa, haciéndola un desastre. No ligaría ni un huevo frito en casa, y bajaría de categoría. Su compañera, que se posiciona más sólida, no desarrolla mucho más, pero tiene pareja estable, y eso la da solidez. Son dos personas que se asoman al balcón y extrañan mucho, pero no dicen nada, callan, a no ser que las entrevistes. Yo paso a su vera, y o las dejo frías o las pongo a cien. No hay término medio. Es una cohesión sin protagonistas. Les ayuda tener elementos comunes cerca, como los aseos, la bifurcación de los pasillos, y la fuente de agua potable. No sé quién, pensó en ponerlas en red y dotarlas con un terminal informático, y creo que gastan más papel que antes, por mucho soporte que halla. Pero les doy la enhorabuena, saben esconder su rostro cansado; no así, ciertas envidias. Ayer me pitaban los oídos. Avanzada la jornada, salí a llenar la botellita de agua, y de manera sorpresiva se presentaron unas señoras y alguna señorita de edad media alta, cincuentona más bien. Una gritó, acercándose a la puerta de los baños de mujeres:

-¡termina de hacerte el moño!

Me sentí ultrajado, y sus risillas fueron mi estupor. No sabían comportarse, y encima se regocijó la tertuliana, excusándose ante otra que las esperaba, argumentando la necesidad de un café y mucha labia; todas ellas sumidas en pulsaciones lentas.

-si se hubiera estado pintando los labios se lo habría dicho igualmente-
incidió la vocalista, enseñando sus cartas.

No las maté porque no merecía la pena, me eché a un lado, les di paso, y me adentré en mi redil. Pero esas Marías, las limitadas, se quedaron también a cuadros; aunque parecían ausentes, porque no les caían muy bien las cafeteras. Los disimulos nos arroparon, y la empresa, como casi siempre, todo lo puede... Tengo mucho que aprender de ellas, no de las que conspiran en los pasillos, por teléfono, o peinándose en horas sueltas, sino de las que se saben un tanto inferiores, y en los días de sábado, desconectan de sus ordenadores y se dan a otras experiencias mundanas, olvidando el trabajo y ese compromiso de madrugar. Gustan de saber, son cotillas por naturaleza, y si les hablas de prostitución difícilmente podrían seguir el tema, porque su carrusel es otro: controlar las luces, fundamentalmente las suyas, y ver quién viene y va, amén de pasarnos llamadas al resto de la gente. Yo no me las llevaría lejos, pero para abrir el ventanal y verlas circular, no están mal, dan vidilla, parecen buenas, sinceras, y de las que se saben demasiado solas, por eso, se encadenan a su madre, hermanos, perro o pareja. Me confirman, evidentemente, que todos nos enfrentamos a nuestras cicatrices. Verlas, me da algo de optimismo; no sin dificultad, vislumbro una proyección. Quién sabe, si en días patinaré y me trataré con alguna damisela o una Paloma. Esta última es esa mujer discreta y a la vez inquieta, de las que esperan algo, y sobre todo, especialista en salpicar sus capacidades con propuestas a futuro, pero sin hacer méritos, callándose, dejándolo todo en manos de sus encantos naturales... También las tengo cerca, hay unas cuantas en esas plantas donde acudo a trabajar. Una de ellas, está tan pálida, que la playa lloraría nada más verle la espalda. Con calzado de mujer de medio tacón, disimula; yendo en suelas planas, hasta el suelo se le encoge. A mí me parece, que todos los días

escribe la carta a los Reyes Magos. Y cuando no, su madre le hace un encaje, porque es un cero a la izquierda en casa, puede que valga, pero ella misma se infravalora. Me lo mostró muy especialmente cuando me puso en conocimiento su situación actual, sin que yo le diera mi punto de vista. Sinceramente, es resultona, pero verla empobrece. Su tristeza es notoria, y para recuperarla, ella me tendría que ofrecer algo sin que yo se lo pidiese, y no estamos por la labor. Coincidimos, nos sonreímos, nos gustamos, y por el momento nada más. Cada cual se completa a su modo; sin embargo, denota calidad, eso le salva... Y como ella, hay un montón, cada cual obedece a sus cánones, pero no se muestran al natural. En eso, las dos miradoras oficiales les dan un repaso. Mentalmente, una Paloma es muy superior a una María, físicamente también, en ambos casos las diferencias son abismales, pero estoy convencido, que la vida no sería fácil ni brillante con cualquiera de ellas, a no ser, que combinaran sus virtudes y se entrenaran para darse a alguien. El factor suerte siempre está ahí, pero mi disfrute pasajero o la convivencia terrenal no me la juego sin tener los cabos atados... Nos pasa lo mismo que a la empresa, que no cuidamos del personal, entre otros muchos factores. Somos varios cientos, y hay dos despachos que destacan muy por encima del resto, y eso no me transmite buenas sensaciones. Ya vienen heredados, como los monarcas, pero se puede intentar limar esas distancias. Y de ningún modo ayuda tener secretarías recepcionistas, como si fueran gogós o felpudos errantes. Hacia la una del mediodía, el jefe me llamó a su despacho, y acudí, para verlo y encontrarme con mi jefe y la auxiliar, que da entrada a su despacho. De esa comunicación, deduzco una impronta demasiado personal, donde el vecindario impera, así como una desconfianza atroz. La señorita, al verme entrar y no esperarme, me

recibió diciéndome que el jefe (citándolo por su nombre), no se come a nadie, como si yo tuviera miedo, creyéndose superior, dándome a entender que mi llegada la molestaba. No le contesté por educación. Pasé de largo, ya que ni alzó su mirada, llamé a la puerta, y me reuní con el mandamás, para facilitarles su trabajo y permitirles que queden bien ante la superioridad. La otra, seguía de chinchorro con su alter ego, llenándose de los efectos de sentirse importante, sin ser más que una mierda, como todos los demás; yo el primero. No vale como asistente de dirección, empezando porque la empresa pública no precisa de ello. Para eso mismo estamos un nutrido grupo de funcionarios, que nos repartimos la defensa de los intereses generales, y no tenemos que ganarnos a ningún jefe. Pero su comportamiento no dista mucho del resto, todos necesitamos reciclarnos, en lo laboral y también en lo personal. Más si cabe, cuando todo lo que acontece a nuestro alrededor nos marca profundamente. La auxiliar, hará cinco años, una mañana me ofreció galletas de mantequilla, porque sentía la necesidad de aclimatarse conmigo, ya que acostumbraba a observar una unión que ahora no es tal. Por entonces la noté forzada, y sigue igual. Le salva que tiene experiencia y buena pinta, y que cuando quiere sabe estar y comportarse, pero no llega a tener ni una calificación en mi diccionario. Cualquiera María, Paloma, o las que vayan surgiendo, me transmiten mejores vibraciones. Verla no me refresca, no deja de ser una espía. Podríamos estar pescando juntos en la misma orilla, y pasar días y días sin decirnos nada, o no dejar de hablar. Entre el secretismo, el hermetismo, y las frases de ascensor, hay un mundo que nos separa y son demasiado prominentes. A lo mejor, progresivamente, nos vamos dando cancha, y llegamos a un ecuador donde no haya un horizonte discordante.

Sería lo más lógico y normal, pero ayer dio la nota y perdió muchos puntos. Nos guste o no, hemos de cruzarnos alguna vez a la semana, y con un clima enrarecido, es desagradable saludarse. No le tengo enemistad, tampoco un especial aprecio, y no la miro entre algodones; el malestar lo propicia ella, mi conducta es plana. De hecho, creía que en los últimos meses habíamos mejorado bastante. Hasta su amiguísima ya me saluda y no gira la cabeza al otro hemisferio, pero... no dejan de ser mujeres, y como tal, son mares en calma y otras tantas veces revueltos, donde tras una ola viene otra, y así sucesivamente, y en el fondo, aunque no se note, siempre predomina alguna corriente... A lo mejor le infundo respeto, asco, o ¿a saber? Lo que no haré será darle atenciones, seguiré como hasta ahora, relacionándome con quienes me dan algunas garantías, y con eso, ya asumo muchos riesgos.

En otro sentido, las mujercitas del moño, son de la estirpe de los bandidos. Personas que podrían hacer más, pero que no lo hacen porque no les da la gana ni nadie se lo exige, y ya, ni disimulan. Es un compendio donde casi todos podríamos entrar en algún momento, pero hay auténticos profesionales del escaqueo, y a ese tipo de gente, es la que amotino bajo ese sobrenombre. Saben, o eso parece; pero no hacen mucho. Hay mujercitas del moño, y hombrecitos de la tecla, porque la versatilidad adaptativa no tiene límites. Son capaces de dar lecciones de moralidad, y al tiempo, de consternarse por las faltas de los demás, pero cuando han podido decidir y ser ejemplares, no han dado un paso al frente. No en vano, siempre serán advenedizas del poder que les consiente, porque nadie se atreve a establecer unos mínimos, basados en la ética, la dignidad, la honorabilidad, y por supuesto, a arremangarse y dar ejemplo. En mi empresa, y por ende, en la sociedad, eso no se estila. Si

alguien se pronuncia al respecto, se le tilda de politiquillo, sindicalista, liberal, o inclusive de vivir aún en la época de los vinilos, los guateques, y las manifestaciones... Nos pongamos como nos pongamos, es difícil encajar; somos tan diversos, que podríamos ser buenísimos. Hay con quienes podría hablar sobre si durarán las subidas bursátiles, o sobre la conveniencia de poder decidir los designios de los estados, de las islas Galápagos, de las banderas azules de las playas, o del precio del cine, sin embargo, en el trabajo eso no se puede hacer. Está mal visto, porque si sabes de algo eres un bicho raro, un erudito, o lo que es peor, alguien que aspira a mayores, y por tanto, generas competencia y envidia, luego sobras. Son inmundicias que se consideran faltas graves. No llevan implícita una apertura de expediente, pero te señalan. Somos así, si alguien abusa del horario, se pone una nota pública para que todos nos sintamos incriminados, en vez de tratar el asunto personalmente acorde al código de conducta, y no poner en duda a nadie. Pero es más fácil escudarse en la generalidad, que hacer tus deberes. Y así con todo, hasta convertirnos en marionetas, sin identidad y sin liderazgo, porque todo se lo hemos cedido a los poderosos. Los cuales, abordan los temas candentes cuando les interesa. Hoy en día, nadie habla de los problemas de malnutrición que tienen muchos niños en países, que se supone, están más que súper desarrollados e integrados en el nuevo mundo. Por no citar la cronificación de la pobreza, el estancamiento y retroceso de los derechos laborales, y consecuentemente civiles, y el aislamiento de los que piensan por sí mismos. Y se acentúa el radio de acción de los que manejan nuestro dinero, porque tienen la opinión, al margen de los puestos clave... Asomado a ese marco incomparable de mi empresa, retomo las palabras de un juez de menores, el cual explicaba sin fariseísmos, y dando

gracias a Dios, que un juez simplemente aplica la ley, pero que no imparte justicia. Incidiendo, en que eso es otra cosa; y por supuesto, en la necesidad de dar segundas o terceras oportunidades, siempre y cuando haya comprensión.

Cierro la ventana, y carezco de estandartes, otros los tienen, aunque sean insulsos. A priori, en casa no tengo bandidos. Estoy yo solo. Corro las cortinas, y ante mí se pasea, de vuelta a su casa, uno de tantos que lo primero que hace nada más abrir los ojos, es enfundarse lo primero que pilla, que casi siempre es lo mismo, y salir hacia el bar de la esquina. Ese que dista dos calles de su portal, y en el cual, se dedica a pimplarse lo justo como para ir entonado el resto de la mañana, entre miradas a la calle y bocanadas de humo. Son, los que hacen de bisagra. Aquellos que están, opinan, pero que cuando se les necesita mejor no contar con ellos, ya tienen bastante con saber ir al bar. Les gustan los periódicos con viñetas de colores, deben saber mucho de neumáticos, porque los miran continuamente, en unos acercamientos plenos de caladas y supuestas retrospecciones; y sobre todo, se esconden cuando pica el sol o suena el silbato de ir a trabajar. Como el resto de los mortales, votan; y deciden. También los tengo surcando los pasillos de mis despachos, no obstante, donde más se les reconoce, es al alba. Necesitan su dosis como el Sol a la Luna. La toman y se van, porque saben que en breve volverán, lo cual, no les permite hacer nada más. Y si por lo menos iluminaran o no ensuciaran las calles, pero no, exigen como el que más. Dudo mucho que ellos tengan los mismos sueños que yo. A mí, me encantaría que mi cama fuera un templo de emociones, y que una brujita, llamémosla Elsa, me hiciera disfrutar,

haciéndome sentir diferente: feliz, contento, muy a gusto, satisfecho. Aceptaría darme a ella, a sabiendas, que cuando uno depende de un entorno exclusivo se hace vulnerable, por la excepcionalidad y la merma que implica. Pero sería parte de mi evolución, por entonces sabría y ahora mismo soy consciente, que el fin llegará, me guste más o menos, y que hay que buscar esas complicidades y disfrutarlas. Por ello, soy receptivo, en cierto modo. Lo que debo hacer, antes de que se me aparezca esa mujercita, es borrar de mi cabeza que todo tiene un final, porque difícilmente podría darme al momento, si no ceso en pensar en el adiós... Llevo toda mi vida rodeado de gente, viendo pasar a unos y a otros, y he necesitado muchísimas décadas para llegar al principio que va a regir mis próximos meses: lo que importa, es intentarlo. Realmente me da vergüenza, pero es la misma que le debería de dar a ese hombre de sesenta y tantos o menos, que con su camiseta marroncilla va fumándose sus cigarros en busca de su carajillo, charlando con las alcantarillas sobre sus deportivas, enfundado en esos pantalones que su esposa le lava, para superar el tedio y evitar sus nervios... Avergonzarme de intentar ser feliz, de pasar un rato agradable, ¡qué pena me doy! Por eso incido en lo de los mínimos, siempre hay que tenerlos; hasta para soñar y hacer tu propio ensayo en la clandestinidad...

Ahora, ellos están disfrutando de su primer día de piscina, y yo, tras arreglársela, me he venido a casa, sigo raro, confuso, dubitativo, en otro lugar. Me cuesta centrarme en asuntos distintos, tengo algo que hace mella... A ratos querría ver algo para irme bien lejos, si pudiera, y en otros me apago mucho, o me da por intentar hacer deporte. Y ni me duermo ni me puedo mover, porque

ni el tobillo derecho ni mi conciencia me lo permiten. Así que, divago sin terminar de sentirme bien, pero es el único modo de seguir con los pies en el suelo y no decepcionarme, desesperarme, o encadenarme a los atributos de la primera persona que se me cruce. Me digo: “ya volveré a sonreír”. Y también me pregunto: “¿por qué estoy tan cansado?, no tengo nada que me haga sentirme así”... Lo pienso, y deduzco que todo es producto de una espiral de desigualdades, porque he estado pensando en lo que no debía. Y en nada, prosigo con mis patrones de rutina. “Es el precio de la victoria”, me autoconvengo, yéndome al fondo del pelotón. Y tontamente, uno mira a los demás, y encuentra personas que siendo feministas y republicanas, no paran de fotografiarse junto a hombres trajeados en una dictadura de hegemonías heredadas... Supongo, que todos nos peleamos con nuestro interior por algunas u otras causas...

¿Pasión o razón?, si supiera escuchar al mundo, todo me sonaría distinto. En fin, me ayuda saber que no soy el único al que le falta la mejor de las compañías. Las Palomas me lo dicen con el blanco enrojecido de sus ojos, las Bandidas con sus desfachateces y meteduras de pata, las Marías con sus sensiblerías enfermizas, y los Bisagra con sus descréditos. Yo, no quiero ser un adicto a las quejas, por eso he de encontrar la credibilidad, todo líder lo necesita, más si cabe que la esperanza. A la cual, en parte me aferro, porque cada vez que me acerco a mis progenitores, observo cómo mis padres se reúnen y hacen sus oraciones, sin precipitaciones ni vaivenes, escrutándonos a sus hijos y nietos. Ellos envejecen, y a mí me duelen sus arrugas. Tristemente, no repunto estando junto a ellos, ni tampoco puedo darles más vitalidad, sin

duda, necesito abstraerme y poner algo de tierra de por medio, me pesan mucho: lealmente siento que busco mi perfección, sacar lo mejor de mí; sonreír sin medida... Y no por ello es un atentado contra su dignidad, sino todo lo contrario. De otro modo, sería el gran perdedor de la historia.

Más allá de lo tremebundo de no estar a gusto, en la misma medida de la protesta, uno ha de poner calificativos a esos compañeros que saben ejercer, y a los que si se les tantea, te ayudan a mejorar en tu labor. Desgraciadamente, el contacto parece más bien de índole personal que profesional, y ese acercamiento, es una provocación a perpetuarse en una amistad que empezó compartiendo algunas horas de trabajo. Son los menos, pero existen, tanto como el horizonte. Son personas capitales para cualquier empresa, y quienes mejor interpretan el lenguaje corporativo. Saben pasar desapercibidos, esconder sus sabidurías, y abandonarse a lo inconcluso del transcurrir de los meses como si ya estuvieran asesinados, en un afinamiento sin presencia. Todos mantenemos la condición de trabajadores, sólo que a unos les cuesta más encontrar su momento. Si somos accesibles parecemos facilones, y no necesariamente encajamos mejor; si nuestro comportamiento se acerca a la frialdad, la ceremonia de la rumorología gusta mucho de simbolizar odios, y se obligan a vestirnos de luto oficial, desluciéndonos para el resto de las anualidades; si el tono del discurso es comprometido, te aproximan al protocolo del peloteo, y así con todo, son palabras de todos y para todos, que inciden hasta en las vacaciones. A eso me doy, las necesito, me tomo mis días...

Cuatro días, no más

Paralelamente, el orden del día en un pueblecito gaditano carecía igualmente de pactos. Ella, tampoco pasaba inadvertida. Exigía respeto a su decisión, la cual, no paraba de generar polémicas.

-Silvia, esta es tu casa- le recalcaba la madre a su niña.

-Lo sé mamá, no os preocupéis... Si esto es bueno, me quito mucha carretera, y busco otras oportunidades- respondía segura la cría.

-¡Pero si no paras quieta!, ¿a quién crees que vas a engañar?- se interpuso entre ambas el padre.

-Me niego a ser una auxiliar toda mi vida, vivir entre puebluchos, y desear que lleguen las seis de la tarde para irme a la plaza a ver a los chiquillos correr y a las mamás zascandilear- se revolvió la hija, inoportunamente.

La madre, tras una pausa, a sus sesenta y tres años, acalló las voces de su cabeza y dispuso calma. -No nos dejes así, ¡ésta no eres tú! hija. Tanto viaje te ha trastornado, estás demasiado aireada. Pídete unos días, descansas de todo, y ya veremos.

-De eso nada, ya tomé la decisión. Me voy mamá, me voy. La tía me espera mañana- respondió con cierta afonía.

-Si tu vida es un no parar, no es porque el resto del mundo no se adapte a ti, es que no sabes lo que quieres... ¡Vete!, ya volverás- le dijo el padre sin tono de culpa, saliendo de la habitación, disgustado.

Algo parecido hizo su madre. Pero ella no se dio a debates estériles, siguió metiendo sus pertenencias en las maletas. Abocada a su decisión, ya no se iba con Mari Cielo como cada mañana de lunes, compartiendo coche para ir a la fábrica, sino que le quedaba un día muy largo, a las puertas de su exilio madrileño. Se daba toda la prisa que podía, no se detenía en adornos, pero cogía casi todo lo que podía: ropa de invierno y verano, zapatos de tacón y planos, sus documentos, y alguna que otra foto, así como sus cremas corporales.

Un poco más tensa de lo normal, tuvo que volver a abrir la puerta, y con un gallo respondió a su hermano. –Sí, sigue todo en pie.

-Está bien, pues mañana salimos, luego se lo confirmo a la tía, me voy de ruta- le contestó. Y se dieron un beso, como si nada.

Su chófer, hecho todo un atleta, se iba al reparto, y la niña bonita seguía enfrascada en su habitación, la cual la vio pasar toda su niñez, y algo más... Tontamente, se detuvo con un álbum de fotos, ése que rezaba por título: El destino más deseado. Nuevamente sintió lástima, y se recostó sobre su cama, abrazándose a la almohada.

...Un piso más debajo de ese tesoro, medio discutían sus padres. Incluso a sus veintiocho años, la sentían demasiado joven como para irse y no volver.

-Todo esto es culpa tuya- le recriminó el panadero a la luz del obrador.

-¡Ya!, si a los veinticuatro le hubiéramos enseñado el camino, ahora no estaríamos así- le contestó entre harinas y levaduras la otra.

-No le metas a él, esto es cosa de ella- siguió impetuoso el mandamás.

Y la madre no se quedó con nada adentro. -Pero si se le fue la cabeza, no habrían durado, ¡tú lo sabes!... no tenía cerebro- sostuvo.

Los primeros clientes ya iban entrando, y las quejas pasaron a un segundo plano, los panes les lavaban el cerebro, pero cuando tenían un momento de privacidad, seguían escrutando su vida:

-¿Cuánto tiene?- quiso saber la madre.

-Le he contado cuatro mil euros- continuó informándole el artesano panadero, en ese espacio multifuncional, a ratos casa, a ratos venta.

-¿Cuánto le has dado?- se interesaba por todas las precauciones, la madre.

-Nada, le saqué una tarjeta a su nombre, para que la use. Me lo recomendaron en el banco- se mostró seguro el padre.

-¿Te preguntaron por qué se va?- insistió la obrante.

-No había la suficiente privacidad, la cola era muy larga. Me vino bien- respondió el amasador.

Prosiguieron en el negocio, pero colaborando en esa inseguridad, hasta que se embarcaron en sus dudas, en un respiro sin legañas, pero con la firme persistencia de su niña:

-¿Tú crees que cambiará?- preguntó la madre, un tanto ignorante.

-Ganas tiene, pero cualquiera sabe; tiene muchos pájaros en la cabeza.

-¿Pero volverá, verdad?- preguntó afirmativamente la matriarca.

-Pues claro, es lo más normal-, añadiendo cariñosamente -aquí hacemos el mejor pan- contestó el padre arrimándose a su esposa, uniformado de blanco, y lleno de favoritismos.

-¡Ufff!- exclamó. –Dios te oiga- pronunció la madre, cruzando sus manos piadosamente.

-Tranquilízate, siempre ha hecho lo que le ha dado la gana; no es tonta- intentó darle motivos para calmarse, su marido.

-¡Pues no sé yo qué decirte!- versionó su peores temores la dependienta. – ¡Se lleva ropa de frío y de calor!- dejó caer, contrariada.

Hacendoso, no se mordió la lengua. -¿Y de qué te asombras? Si lleva cuatro años sin parar. Fuiste tú quién le dijo eso de las cuatro noches, y mira dónde estamos ahora, en manos de tu hermana.

-Tengamos la fiesta en paz, que es su último día- la rechoncha quiso limar las asperezas del ambiente.

-¡Madre mía!, ya está como siempre, manejándolo todo- suspiró el padre, comiéndose el alma a regañadientes.

...Y para cuando volvieron a saberse necesitados, ella retomó el tema, acercándose a él. –La idea era buena, necesitaba viajar y conocer mundo, pero se lo llevó al extremo; quería que se reencontrase.

-Esa teoría siempre me pareció promiscua- sostuvo el más básico.

-¡Pero si es una santa! Ni la cató el otro- aseveró la esposa.

-¿Y tú qué sabes?- pretendió ningunear a su amada.

-Más que tú, créeme, más que tú- le pidió un poco de compostura con su inocencia y ese ademán con su cabecita, engalanada con la cofia.

-¡Sí!, ahora me dirás que es virgen- se regodeó el artesano, sin creerse nada.

-¡Sabré yo más que tú, que es mi hija!- puntualizó la desamparada madrecita, sin entrar a juzgar nada más.

Y detuvieron sus estimaciones, la casa se convirtió en un negocio, ya no había lugar para esas conversaciones de madrugada.

Entre tanto, ella seguía pensando lo fantástico que pudo haber sido todo. Revivía su prolífica vida de novia, y también, la que tuvo más tarde, ésa en la que se daba a cubrir todos los turnos para poder irse de cuando en cuando, bajo el concepto de no dormir más de cuatro noches fuera de casa, ni estar en la misma sin salir otras tantas semanas. Sumaba éxitos y fracasos. Ella era su público, pensaba y repensaba, pero jamás daba marcha atrás... Y así llegó la hora de comer.

Todo era tan raro, que el lunes, de festivo no tenía nada. Acostumbrada a comer en la cantina de la fábrica, ni se le había pasado por la cabeza bajar y preparar la mesa, mucho menos bendecirla.

-¿Es que no piensas bajar?- preguntó sin acosarla su madre.

Y él sí que se puso firme: -¡Baja y déjate de cuentos!- expresó con prontitud.

Lógicamente, comer, comió poco. Había apatía general. Sin embargo, en uno de esos abandonos de la pena, ella tuvo tiempo de hacerse acopio de algo de soberbia, y expresarse sin parecer débil, lerda o prepotente:

-Necesito nuevos sueños que perseguir; quiero emocionarme. No me vale sólo vuestro cariño, tengo que arriesgarme. Viajar a Madrid me permitirá optar a algo diferente, y no todo será tan inesperado; la tía me consiguió un trabajo, me deja su piso, y tengo mis estudios, que intentaré rentabilizarlos de una vez.

Todos callaron. El amor caía por su propio peso. Los viejos cojines llevaban una semanita de aúpa. Y la niña salió para desconectar, como si se fuera al colegio. Tomó rumbo hacia el pantano, y al poco de llegar, sin saber por qué, se dio media vuelta, para luchar consigo misma cerca de casa, en un paseo por las afueras de pueblo. Los árboles que dejaba a su paso le pedían volver. Era una letanía donde el corazón le palpitaba, un cuello de botella. No se detenía en esa huída; su ánimo, y quizás la avaricia, le hacían concebir que el tiempo podía esperar... Y le dieron las diez de la noche. Mientras, a sus padres, la tele les llenaba muy poco, tenían mucho desconcierto. Todo era un camuflaje, angustiosamente incomodísimo. Los mayores sentían que se les iba media vida, y la otra, que deambulaba indispuesta pareciendo medio borracha, no soltaba la batuta de sus días para no depender de nadie. A su vuelta, los demonios de la noche confirieron un escenario posesivo:

-Piénsatelo- le dijo su madre nada más verla.

-¡Ya está mamá!, no lo hagamos más difícil- le indicó su hija.

Y se abrazaron sin hacerse de menos. Los sin nombre del pueblo, azufraban las calles, por si pillaban algo. Y en su honor, cabe decir que hubo discreción.

-No viviremos siempre- se le escapó este razonamiento a uno de esos títeres borrosos que se movía por las inmediaciones de las ventanas, acechando.

Y la cosa no tuvo mayor química, pero sí mucha física. La tormenta seguía en la superficie de esos cuerpos, pocos eran los que conciliaban el sueño, si bien, en su interior, todos se recreaban con esos años en los que habían ido solventando las primaveras, juntos.

Sin frescura, amaneció, y la reforma de la casa llegó a su último plazo. Ya no había opiniones, sino un gran desayuno y muchos ofrecimientos. Su hermano podía haberse presentado con un autocar, y aun así le faltaría maletero. De tres a cuatro de la madrugada le prepararon el avío, era su manera de olvidar. Y antes de abrir las puertas, tuvieron su reunión familiar. La disposición era tranquila. Con los cuatro a la mesa, tres de ellos desayunaron por segunda vez; en cambio, la niñita apenas pudo probar bocado, tenía las tragaderas cerradas.

-¡Tómate una tila si no puedes con la leche!, pero no te vayas de vacío- le atendía la madre como en una parte de su infancia.

Trataron de todo un poco, y nada en particular. La tía fue la que acentuó la charla:

-Prepararos para lo que os viene- le advertía la hija, riéndose por el relevo que se daba con su madrina.

-¡Pues anda que tú!, que tienes que cuidarle la gata- se mofaba el hermano, animando un poco el funeral.

...Hasta que llegó la hora, y los nervios impedían que se entendieran todas las palabras, no obstante, las intenciones eran del todo claras en esos dibujos básicos:

-Cuídate-, reconocían egoístamente, todos ellos muy nobles.

Y el otro peque puso un poco de su personalidad, aderezando la partida con sus memeces:

-fijaos, os cambio a la modernilla por la tristoná, guardad esto en vuestra retina, yo no tengo culpa, sólo soy quien las lleva y las trae.

-¡Anda niño cállate y salid ya!- le mandó callar su madre, amargada maravillosamente por esa entusiasta pareja de hijos que salían en busca del kilómetro cero.

El rojo de la berlina les hizo sitio, y como dos lagartos se unieron a la tapicería, atacando los cerros que envolvían sus historias, las pesadillas, y las interioridades...

...En los primeros metros tuvieron por compañía a la radio, pero cuando detectaron que el retrato de las sonatas les podía, movieron ficha. No era momento de más lágrimas negras. La inseguridad había que dotarla de fuerza, por lo que hablaron de cómo tratar lo que dejaban.

-Están mayores, debías hacerte cargo tú solo del negocio- le soltó ella a voz de pronto, toda vez que regresó de sus cuentos.

-Cada rincón de ese obrador lo han hecho ellos, si los saco se mueren; otra cosa es que contrate a alguien- le contestó el conductor.

-Me parece bien, propónselo- se alivió de pensar en parte como él.

-No. Se lo tengo que dar hecho- se refirió al modo de gestionar el relevo.

-Pues no lo dejes pasar. Aprovecha todo este tumulto. Y acuérdate de sacarle las recetas- añadió la hermana, tomando sus precauciones.

-No es el mejor momento, pero algo se puede ir haciendo; a mí me gustaría que solicitaran la jubilación, voy a ver si les muevo los papeles- deliberó el hombre.

-Ayúdate de la tía, con ella seguro que los convences- se dio la copiloto a la complicidad de las idas y venidas.

-¡O nos echan de casa!- expresó cercanamente quien manejaba el volante, riéndose deliciosamente orgulloso de su hermanita, por aquello de llevar a cabo eso que le pedía su personalidad.

Y el grupo de apoyo siguió hilando ésa y otras iniciativas. Restaban muchas horas, y al fin y al cabo, la menor apenas había descansado, por lo que gustosa, decayó en manos de su querido hermano. El cual, atenuó los sonidos, reguló la pisada del acelerador, y avanzó en ese pasado con la que buscaba su acomodo en la sociedad. Con un cariño especial, rememoró la primera vez que se cumplieron juntos, y así, poco a poco, hasta la inconsciencia de pretender abandonar su casa para vivir con alguien, hacía relativamente unos años; nunca lo suficiente. Los demás no sabían nada, él conocía casi todo, y su conducta era intachable. Sus facultades le permitían pasar página y sentirla como a un igual, por más que el otro la llegó a tener enjaulada en una vida sin futuro. A la vista de la decisión, su actitud siempre fue de apoyo. Callar era su mejor protección.

Unos resaltos y algo de acidez, hicieron que la señorita le buscara con su mirada. Y sin revoluciones, continuaron con los lazos afectivos.

Para cuando los cinturones apretaban de más, se detuvieron a orinar y cotillear en los escaparates de esas posadas, las cuales, comercial y vocacionalmente estaban orientadas a las gentes de paso, abarcándolo casi todo, desde un llavero hasta un jarrón o unas gafas de bucear. No se les salían los ojos de las órbitas, eran de pueblo pero no tontos... Cogido impulso, le dieron otro mordisco a la distancia, hasta que el salpicadero se les vino a reflejar en el estómago, y nuevamente tiraron de bolso y bandolera.

-Creo recordar que vamos a mitad de camino- le dijo él, sentados ante un menú, el uno delante del otro.

-Te dije que no me lo pidieras- le contestó ella a él, al ver ese plato bien repleto.

-Cumplo órdenes, tienes que comer- se excusó el sinvergüenza, para acto seguido probar con su cuchara el caldito... -Ummm. ¡Está bueno!- hizo de madre.

A lo que ella se echó las manos a la cabeza, y se escuchó a sí misma. - No sí, ¡pues no me queda camino!

...El caso es que acabaron con todo. De no ser por la copiloto, el fortachón todavía seguía pidiéndose flanes caseros. Eran su perdición, tras el primero podían ir muchos más.

-¿Cuánto queda?- le dijo ya sentada la niña, con la pesadez de piernas habitual de una mujer en uno de esos días del mes.

-Un par de tramos y en nada llegamos, tú canta, duerme, o lo que quieras. Pero toma nota, cuando vaya a verte, ya sabes, me haces uno de esos postres.

-¡Ya estás pensando en venir a verme!- se exaltó la hermanísima.

-¡Tendré que echarme novia no!- se sobrepuso a ese medio engaño.

-¡Tú novia!, pensaba que no te ibas a rebajar a eso- se sorprendió por esa intención de pérdida de libertad.

Y se hizo un silencio sepulcral...

Fue ella, quien rompió esa mascarada, con simplismos. -Pues sí, te vendrá bien. Ya vas teniendo edad de sentar la cabeza.

-¿A que doy la vuelta?- le amenazó sonriente su confidente.

Y con esos y otros muchos colores de la buena rebeldía entre hermanos, se afanaron en más curvas y rectas. El equipo no paró de intercambiar experiencias, tuvieron tiempo de rememorar ese viaje a Venecia, por el nunca olvidado y siempre caprichoso mar Adriático, tan esplendoroso, que de no ser por la marea de otoño que les cogió variándoles los planes, cualquier otra cosa estarían celebrando, en ese interior carrozado. Y es que, hubieron de hacer en la capital del Véneto, muchas horas de terraza inquieta, ante esas aguas altas y el puente a la libertad que ella misma se estaba construyendo, al haber dado largas a su novicio. En el transitado puente de los Descalzos, fue precisamente donde tomó la firme decisión de no echarse atrás, y volar libre. Años más tarde, seguían igual, él conducía la charla, mientras ella suspiraba y sollozaba...

...De vuelta, al ver un cartel de desvío hacia Aranjuez. Por mediación del hermanísimo, se preguntaron por la de veces que les hablaron los papás del lugar:

-¿Te acuerdas Silvia?- le instó él a ella, al ver el anuncio de la salida.

-¡Cómo no! si tengo sobre mi conciencia que me concibieron allí- respondió ella.

-¿Paramos?

-¡No por favor!, sigamos adelante- quiero tomar otros aires.

-Como quieras- le atendió su protector. Y rápidamente le cambió de tema -¿de verdad quieres servir mesas?

-¡Qué va!, pero algo he de ir haciendo. Tal y como están las cosas, prefiero ir llenándome el día a día mientras resuelven los expedientes. Serán unos meses, para mediados de septiembre espero que me llamen y deba irme. Para entonces, todo será muy rápido.